

¿Hacia dónde va el mundo?  
¿Qué grandes tendencias mueven la política internacional?  
¿Qué amenazas y riesgos geopolíticos afrontamos?  
¿Sobrevivirán las democracias liberales?

Josep  
Piqué

El mundo  
que nos  
viene



Retos, desafíos y esperanzas del siglo XXI:  
¿Un mundo post-occidental  
con valores occidentales?

DEUSTO

# **El mundo que nos viene**

Retos, desafíos y esperanzas  
del siglo XXI: ¿Un mundo post-occidental  
con valores occidentales?

**JOSEP PIQUÉ**



EDICIONES DEUSTO

© 2018 Josep Piqué

© Centro Libros PAPP, S. L. U., 2018

Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAPP, S. L. U.

Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-234-2930-1

Depósito legal: B. 7.753-2018

Primera edición: mayo de 2018

Preimpresión: Medium Preimpressió

Impreso por Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Sumario

---

<b>A modo de justificación . . . . .</b>	<b>7</b>
<b>Introducción . . . . .</b>	<b>9</b>
<b>1. Un análisis inicial de las consecuencias geopolíticas del repliegue anglosajón . . . . .</b>	<b>27</b>
<b>2. El despliegue de China como potencia global. . . . .</b>	<b>50</b>
<b>3. El retorno de Rusia: ¿potencia global o potencia regional? . . . . .</b>	<b>86</b>
<b>4. Los conflictos de Oriente Medio y la naturaleza cambiante del yihadismo . . . . .</b>	<b>111</b>
<b>5. ¿Debe importarnos América Latina? . . . . .</b>	<b>173</b>
<b>6. Europa en la encrucijada . . . . .</b>	<b>192</b>
<b>Brevísima acotación final sobre la revolución digital . . . . .</b>	<b>239</b>
<b>Epílogo: una reflexion sobre España . . . . .</b>	<b>243</b>
<b>Algo de bibliografía y agradecimientos. . . . .</b>	<b>251</b>

## Un análisis inicial de las consecuencias geopolíticas del repliegue anglosajón

### A. La elección de Trump y la revisión profunda de la política exterior de Estados Unidos

Todos los presidentes norteamericanos intentan, como es lógico y natural, dejar su impronta en política exterior. Pero, como pasa normalmente en los países sólidos y estables, suele existir una continuidad en los principios básicos. También en sus contradicciones. Estados Unidos siempre ha basculado entre su vocación imperial y exportadora de sus valores e intereses (esa clara y a veces terrible dicotomía de toda política exterior que los británicos describen con su «*foreign policy is not nice*») y una tentación recurrente al aislacionismo.

El rechazo del Capitolio a la idea wilsoniana de la Sociedad de Naciones en el período de entreguerras constituye el ejemplo paradigmático: Estados Unidos no debía inmiscuirse en obligaciones que no le incumbían o afectaban. Desde el otro extremo se le ha opuesto la doctrina *neocon*, según la cual la obligación moral de Estados Unidos es imponer sistemas democráticos y economías de mercado, aunque sea por la fuerza militar —eso sí, selectiva— contra determinados regímenes dictatoriales. Desde este punto de vista, todo lo que pase en el mundo incumbe a la gran potencia.

La presidencia de Obama basculó entre ambas posiciones, ya que sin rehuir compromisos con los aliados y fijando posiciones claras frente a adversarios y enemigos, intentó reducir su compromiso bélico y político tanto en Irak como en Afganistán, así como en Oriente Medio, producto a su vez de las decisiones políticas de su predecesor, el presidente George W. Bush. Con resultados contradictorios y muy discutibles, pero con razones muy comprensibles (en Afganistán la guerra contra Al Qaeda y los talibanes se inició hace ya ¡dieciséis años!, y en Irak la invasión británico-norteamericana se inició hace ya catorce), como el enorme coste humano y económico (y también moral) en el que se ha incurrido. También por las consecuencias profundamente negativas de esas intervenciones en términos de desestabilización de la región y de agudización y radicalización de conflictos hasta entonces latentes. Todo ello tiene mucho que ver, además, con una tradición muy norteamericana: se puede vencer en guerras convencionales, incluso con cierta facilidad, pero es mucho más difícil ganar las postguerras.

Los aliados (particularmente Francia) no supieron hacerlo después de la primera guerra mundial y cometieron grandes errores en el Tratado de Versalles, que puso fin a la contienda. La consecuencia más dramática de aquella torpeza fue la propia segunda guerra mundial algo más de veinte años después. En cambio, los aliados (particularmente Estados Unidos) sí aprendieron de sus errores al plantear el final de la segunda guerra mundial. El Plan Marshall, al que dio nombre el secretario de Estado de Estados Unidos, es la expresión más inteligente de ello. Supieron ver que para los intereses estratégicos de Estados Unidos, una Europa occidental democrática y económica y socialmente próspera era un requisito esencial.

Lamentablemente, la gran potencia no ha mostrado esta sagacidad ni en Afganistán ni en Irak. Se trata de circunstancias muy distintas, pero los errores cometidos han sido clamorosos. Faltó rigor en el análisis, sobró visión occidental sesgada, faltó conocimiento real de las sociedades y sus circunstancias, y sobró mucha soberbia. Una generación después, Occidente (a través de la OTAN, o a través de las potencias ocupantes) sigue ahí. Em-

pantano y teniendo que hacer frente a otras amenazas, como la del Estado Islámico, mucho más amenazantes que los regímenes derrocados por las intervenciones militares, o a un renovado protagonismo de otras potencias no occidentales en sentido estricto, como Rusia, Turquía o Irán, grandes beneficiarios de la intervención norteamericana.

Aunque conviene distinguir entre el conflicto afgano y el iraquí, lo cierto es que Obama intentó minimizar los daños, si bien muchas veces adoleció de falta de claridad con relación a sus objetivos. Quería irse, pero no podía hacerlo del todo..., no quería ser «intervencionista», pero no podía ser «aislacionista». Quería salir de la lógica «westfaliana» (en referencia a la Paz de Westfalia tras la guerra de los Treinta Años, en la primera mitad del siglo xvii), pero finalmente tuvo que anteponer el orden y la estabilidad a la justicia. Argumentos puramente «westfalianos».

Algo similar puede argüirse sobre la política norteamericana en Oriente Medio desde el final de la segunda guerra mundial. Tema de enorme complejidad y con múltiples aristas. Cuando nos preguntamos cuál ha sido la política de Estados Unidos en la región, sobre todo desde el final de la segunda guerra mundial, debemos empezar con un episodio muy relevante: el rechazo contundente del presidente Dwight Eisenhower a la intervención franco-británica para impedir la decisión del gobierno egipcio presidido por el nacionalista árabe Gamal Abdel Nasser de nacionalizar el Canal de Suez en 1956. Fue la expresión más clara de que Estados Unidos no iba a ser cómplice de antiguas políticas imperialistas de las decrepitas potencias coloniales europeas. Y de que quería ser ejemplo de respeto a las decisiones soberanas de las nuevas repúblicas árabes una vez liberadas de sometimiento o de tutela externa.

Posteriormente, sin embargo, esos regímenes fueron entrando bajo la órbita soviética en el contexto del mundo bipolar dividido en bloques. Algo que llevó a un renovado apoyo a Israel y a una creciente ligazón con los regímenes más conservadores y reaccionarios de la región y que, con todos los matices, dura hasta hoy. Lo cierto es que durante años, los diferentes conflictos en Oriente Medio, y en particular el que enfrenta secularmente a Is-

rael con su entorno árabe y musulmán, podían interpretarse en clave «bipolar», con un claro alineamiento de cada una de las diferentes partes con uno de los dos grandes bloques: con Estados Unidos o con la Unión Soviética.

Esta lógica se rompió tras la guerra del Yom Kipur en 1973 y, cinco años después, con los acuerdos de Camp David entre el presidente egipcio Anwar el-Sadat y el primer ministro de Israel Menájem Begín bajo los auspicios del presidente Carter.

Esos acuerdos, que acabarían costándole la vida a Sadat (algo que el propio presidente egipcio sospechaba y verbalizó previamente de forma dramática), supusieron un cambio radical de escenario: Egipto (y enseguida Jordania) selló la paz con Israel. Pero fue en el caso de Egipto donde se produjo un cambio de bando que se concretó en la fulminante expulsión de los soviéticos, hasta entonces omnipresentes, del país. Desde entonces, Egipto se ha convertido en uno de los más sólidos aliados de Estados Unidos en la región (a pesar del paréntesis del gobierno de los Hermanos Musulmanes, de nuevo con claridad desde la presidencia del general Abdelfatah Al Sisi).

Por otro lado, el apoyo permanente a Israel dejó de ser secundario frente a un mundo árabe alineado con la Unión Soviética y llevó a una mayor atención al conflicto entre el Estado de Israel y los palestinos. Cabe decir que los mejores y mayores esfuerzos para resolver ese tema los ha realizado un presidente norteamericano, Bill Clinton a través de sus famosos (y, sin duda, recuperables) parámetros del año 1999, justo antes de terminar su segundo mandato.

El conflicto se sitúa hoy en otra órbita con la consecuencia de haber desplazado el conflicto palestino a un plano secundario. Unos desplazamientos que han obligado a Estados Unidos a recomponer su política en la zona.

En primer lugar, las consecuencias de la intervención militar en Irak. Una intervención que, desde el punto de vista convencional, terminó al poco tiempo con la derrota y la posterior detención (y ejecución) de Sadam Hussein y el desmoronamiento del régimen baazista. Lamentablemente, ese desmoronamiento no fue acompañado de la construcción de una nueva estructura política



sólida (un Estado con todos sus atributos) y el caos resultante permitió el regreso de las pugnas sectarias y la práctica división del país entre una mayoría chií (lo que supuso la elección de un primer ministro de dicha rama del islam, Nuri Al Maliki, profundamente sectario) y la minoría suní, además del norte kurdo, dejando espacios abiertos para la intervención de otras potencias (empezando por Irán) y para la proliferación de todo tipo de milicias, incluidas las de naturaleza terrorista, como las franquicias de Al Qaeda o, más recientemente, el califato del Estado Islámico. Todos nutridos por las antiguas fuerzas militares y policiales del anterior régimen, que una vez desmanteladas buscaron acomodo con unos efectos particularmente negativos.

La responsabilidad de Estados Unidos es evidente, y a pesar de la voluntad del presidente Obama de retirar las tropas cuanto antes, no ha sido del todo posible. Probablemente, esa retirada no del todo completa ha sido prematura y contraproducente. Estados Unidos sigue muy involucrado en el conflicto, especialmente cuando se le ha añadido la enorme y dramática desestabilización siria.

Estamos así ante el segundo factor relevante en la nueva situación en la región, algo que explica el callejón sin salida en que se encuentra en estos momentos Estados Unidos: se quieren ir, pero no pueden. Quieren desentenderse cuanto antes, pero si lo hicieran las consecuencias geopolíticas serían catastróficas para sus intereses vitales (*«you break it, you own it»*). A pesar de que desde el punto de vista geoeconómico la región ha ido perdiendo relevancia estratégica, ya que Estados Unidos, gracias a las nuevas técnicas de extracción, se ha convertido en un país potencialmente autosuficiente desde el punto de vista energético y, en particular, de la provisión de hidrocarburos.

No hay que olvidar que la intervención colonialista y militar de Occidente (de Francia, pero sobre todo del Reino Unido, y luego de Estados Unidos) en el golfo Pérsico y en la península arábiga tiene muchísimo que ver con la necesidad de garantizar-se la provisión de gas y petróleo. Hecho que explica también, por cierto, el creciente interés de China por la región. Esa garantía ya no es tan vital para Estados Unidos desde el punto de vista

energético, aunque las tensiones en precios o en el suministro global continúan afectándole de manera muy significativa. Pero la pérdida de influencia en la región sería inmediatamente sustituida por otras potencias, con los consiguientes efectos sobre un hipotético nuevo orden mundial en este siglo XXI. El problema es más geopolítico que geoeconómico. Pero sigue teniendo consecuencias estratégicas. La desestabilización de Siria ha tenido unos efectos tectónicos.

A los efectos de analizar la posición de Estados Unidos y su política exterior en la zona, nos interesa estudiar el impacto de su actuación en el régimen sirio. Un régimen tradicionalmente enfrentado a Israel (de hecho, una parte de su territorio —los Altos del Golán— sigue estando ocupada tras la victoria israelí en la guerra de los Seis Días, en 1967), alineado con la Unión Soviética hasta su desaparición, enfrentado a Occidente, y con una relación muy estrecha con Irán desde la revolución de 1979, y también con Rusia (que mantiene en territorio sirio su mayor base militar en Oriente Medio). Un régimen profundamente autoritario y represivo, sustentado en una coalición implícita entre minorías (como lo era también, con otra composición y otra mayoría para someter, el régimen de Sadam Hussein) en contra de la mayoría suní. Todo ello hizo que las revueltas contra el régimen sirio, al calor de las Primaveras Árabes, fueran apoyadas por Occidente, con el argumento de que estaban protagonizadas por un deseo de libertad y aspiraciones democráticas. Y algo de eso había. Pero la realidad ha mostrado que esos movimientos eran minoritarios o, como mínimo, impotentes frente al regreso de las pugnas sectarias, cada vez más radicalizadas. Estas luchas han convertido Siria (producto del colonialismo más burdo tras el Acuerdo Sykes-Picot de 1916 con el que Francia y el Reino Unido reordenaron el mapa postcolonial en plena primera guerra mundial) en un indescifrable puzle de geometría variable y con una enorme proliferación de actores, estatales o no, que han sumido al país en el caos y la tragedia humanitaria. Hay muchas cosas que aprender del caso de Siria.

Estados Unidos no puede desentenderse de esta situación regional en absoluto. Europa tampoco. La crisis de los refugiados

tiene buena parte de su génesis en el conflicto sirio y ha mostrado la fragilidad de las instituciones comunitarias y, lo que es peor, la fractura de la solidaridad interna europea. Y cualquier proyecto político descansa en la aceptación de la solidaridad y la cohesión interna. Cuando se objeta o desaparece, el proyecto político se agota o, como poco, se debilita.

En cualquier caso, los acontecimientos, tanto en Siria como en Irak, condicionan significativamente la política de Estados Unidos en la región y muestran sus límites. Los tuvo Obama y los tiene ahora Trump: ambos querían irse, pero han tenido que reconocer que no pueden hacerlo sin un coste todavía mayor. Están encadenados a su destino. Estados Unidos sigue siendo necesario, pero ya no es suficiente. Es, como decía Madeleine Albright, la potencia indispensable. Pero no la única.

Por ello, ni tan siquiera el considerado como el hombre más poderoso del mundo —el presidente de Estados Unidos—, aunque se crea omnipotente (como aparentemente se ha creído Trump hasta que la realidad le siga dando de bruces contra el suelo), puede hacer lo que quiera. Por omnímodo que sea su poder militar. Sin embargo, es obvio que el actual presidente está intentando —al parecer con un grado de improvisación muy notable y sin ningún rigor intelectual, más allá de una discutible capacidad para la intuición— una nueva política exterior que bascula entre el aislacionismo tradicional de ciertas élites norteamericanas y una retórica imperialista trufada de bravuconerías. Una paradoja que, a menudo, se nos aparece como trágica y que se basa en la retórica más simple: la del lenguaje de Twitter. Novedoso, sin duda. Insólito e inquietante, también. Estos cambios empiezan a concretarse en hechos, más allá de la retórica más o menos simplista y, con frecuencia, procaz. Hagamos un repaso.

A cualquier observador objetivo le parecería una obviedad que Estados Unidos reorientara su política exterior hacia Asia. Que lo hiciera un presidente nacido en Hawái y criado en Indonesia, mucho más. Otra cosa es que lo considerara, además, compatible con el compromiso atlántico y la alianza con Europa, como así fue. Sus apuestas eran claras. Entre ellas, una relación lo más amistosa po-

sible, no exenta de contradicciones, con China, el gran poder global en disposición de disputar la hegemonía a Estados Unidos. Una estrategia consecuente con la política exterior norteamericana desde que el presidente Nixon hiciera su histórica visita a China hace ya más de cuarenta y cinco años.

El objetivo fundamental era hacer un frente común, cimentado más en la historia y los intereses nacionales que en la ideología, frente al «enemigo común»: la Rusia de siempre, encarnada en la Unión Soviética, el enemigo/adversario estratégico de ambos. Se partió del principio de que el enemigo de tu enemigo, es tu amigo. Y así ha sido hasta ahora, a pesar del desmoronamiento de la Unión Soviética y del acercamiento sincopado de Rusia a Occidente, incluida una colaboración política en el marco de la OTAN y del G8 (ampliado desde el G7) hoy desaparecida.

El presidente Trump parece decidido a modificar ese eje tradicional de la política exterior. Su intuición parece señalarle a China como el principal adversario estratégico en esta nueva fase de la historia. En consecuencia, a Estados Unidos le convendría un acercamiento a Rusia, país que, junto a Israel, es el único al que Trump no ha criticado. Como está quedando claro, buena parte del *establishment* de Washington no comparte tal aproximación, y el propio Trump en la Estrategia de Seguridad Nacional ha identificado a Rusia como un «competidor estratégico». Sin embargo, el planteamiento es contradictorio, no tanto por el enfoque hacia China, sino, sobre todo, por la actitud política frente a una Rusia envalentonada y orientada de nuevo a defender sin complejos su tradicional política exterior desde que la fijaran Pedro el Grande y la emperatriz Catalina en los siglos XVII y XVIII.

Empecemos por China. Y, en este caso, dándole la razón a Trump en su primera aproximación. Se trata de la otra gran potencia global de este siglo. Paso a paso irá disputándole el terreno a Estados Unidos en cualquier lugar del planeta. Desde la perspectiva de la política exterior de Trump (que no parece que coincida con la del Departamento de Estado, al que ninguna constantemente), China es el adversario estratégico que hay que combatir, aunque, evidentemente, no en el ámbito militar, al me-

nos directamente. Y para ello hay que tener aliados, aunque a estos efectos no parece que Rusia sea la mejor opción dadas las relaciones estratégicas de este país con China desde hace unos años, que incluyen acuerdos de largo alcance, en lo comercial, energético y militar. Relación que se reforzó una vez superados los principales contenciosos entre ambos, que incluso les llevaron a la confrontación militar en la época de Brézhnev y Mao por conflictos fronterizos en Siberia oriental. También condiciona a las relaciones Estados Unidos-Rusia el potencial alcance de la investigada injerencia rusa en las últimas elecciones presidenciales norteamericanas.

Se trata de consolidar, pues, la relación estratégica y de seguridad y defensa con Japón y Corea del Sur (y, en cierta medida, con Australia y Nueva Zelanda), por una parte, y con los países del Sudeste Asiático, por otra, y evitar caer así en la ya mencionada «trampa de Tucídides», que el historiador griego que le da nombre teorizó sobre la inevitabilidad de la guerra ante el temor de la gran potencia de cada momento a la emergencia de otra potencia que pudiera disputarle la hegemonía. Es la historia de Atenas y Esparta en la Grecia clásica.

Desde un profundo pragmatismo lleno de grandes dosis de sensatez, Lee Kuan Yew, fundador y alma de Singapur como país independiente y prototipo de ciudad-Estado con altísimas dosis de eficiencia y rasgos claramente autoritarios, hablaba de las relaciones sino-norteamericanas como ejemplo paradigmático de una mezcla inevitable de competencia y de cooperación al mismo tiempo. Añadía que la competencia entre ellos era inevitable pero que el conflicto no tenía por qué serlo. Kuan Yew puede ser visto, por lo tanto, como uno de los ejemplos y precedentes claros de esa síntesis neoccidental que tratamos de explicar en este libro.

La rivalidad es evidente en la configuración de las estructuras institucionales multilaterales, hasta ahora conformadas por los intereses de Occidente tras la victoria aliada en la segunda guerra mundial. También lo es cada vez más en África o América Latina. Y, por supuesto, en el Pacífico. Precisamente por eso es inexplicable la oposición a iniciativas chinas de carácter multila-

teral como el Banco de Desarrollo de Infraestructuras o la nueva Ruta de la Seda, a las que Europa (empezando por el Reino Unido) se ha sumado sin complejos, a pesar de la posición contraria de Estados Unidos.

Pero por la misma razón es inevitable la cooperación, no exenta de dificultades. El ejemplo más claro es el del delirante régimen de Corea del Norte y su creciente amenaza a la paz de la región y a la seguridad de Japón o Corea del Sur, o de los propios Estados Unidos al amenazar la isla de Guam, bajo soberanía norteamericana desde que se la arrebatara a España en 1898. Es obvio que sin China cualquier otra solución no parece ni plausible ni razonable. Pero también hay otros ámbitos de cooperación en la provisión de todo tipo de bienes públicos, la seguridad en el Sudeste Asiático o el medio ambiente. En este sentido, es también incomprensible la denuncia de Trump del acuerdo histórico de París contra el calentamiento, que ha dejado a Estados Unidos con la sola compañía de Siria, en un claro ejemplo de aislacionismo que ha llevado a una enorme pérdida de autoridad moral y, por lo tanto, de *soft power*. Otros ámbitos de cooperación son el control y la gestión de los flujos migratorios en el marco de las Naciones Unidas, ámbitos de cooperación de los que también se ha retirado la Administración Trump. Como la denuncia de los acuerdos nucleares con Irán, el abandono de la promoción de la democracia o la rebaja de la ayuda al desarrollo.

Pero en ese gran juego entre las dos grandes potencias, el Pacífico es un terreno esencial. De ahí la clara apuesta del presidente Obama por el traslado del pivote hacia Asia. Una apuesta coherente con la tradicional política exterior de Estados Unidos, que se basaba en una clara solidaridad y compromiso con la defensa y la seguridad de los aliados de la región (incluido el «paraguas» nuclear). Una apuesta firme por el libre comercio en sentido amplio y la cooperación económica y el libre flujo de inversiones entre las dos orillas del Pacífico.

En cuanto a lo primero, a pesar de que la crisis con Corea del Norte está obligando a Trump a rectificar (aunque con bravatas muy peligrosas, cuando enfrente está otro bravucón particularmente enloquecido), el actual presidente se estrenó trans-

mitiendo a Japón y a Corea del Sur su voluntad de disminuir su compromiso en su defensa y en su seguridad, hasta el punto (en clara contradicción con el Tratado de No Proliferación) de animarles a desarrollar su propio armamento nuclear. O enfrentándose al primer ministro australiano por un acuerdo de acogida de inmigrantes que el *premier* había firmado con Obama y cuya concreción pedía a su sucesor. Trump se ha comportado así también con Europa, cuando calificó a la OTAN de «instrumento obsoleto». Todo ello requiere de un análisis más profundo, pero la primera y esencial consecuencia es que los aliados, en el Pacífico o en el Atlántico, han empezado a dudar de Estados Unidos como un socio fiable en caso de conflicto. Y así no se construyen complicidades.

Las decisiones de no ratificar el TPP (Tratado Transpacífico para el Comercio y las Inversiones) y la de paralizar toda eventual negociación para un TTIP (Tratado Transatlántico para el Comercio y las Inversiones) con la Unión Europea han supuesto una clara ruptura de la política exterior norteamericana de las últimas décadas. El retorno a un proteccionismo caduco le ha llevado también a hablar de la reintroducción de aranceles, al margen de la OMC, o de renegociar a fondo el NAFTA (Acuerdo de Libre Comercio entre Estados Unidos, México y Canadá), discutiendo sobre los mecanismos de resolución de disputas, el salario mínimo en México o las reglas de origen, entre otros aspectos.

Al margen de que el proteccionismo perjudicaría (como las trabas a la inmigración legal) la propia competitividad de la economía norteamericana, debido a sus cadenas de valor enormemente internacionalizadas, y, por lo tanto, a su empleo, desde un punto de vista geoestratégico tal postura ha sido vista como una gran oportunidad por parte de China, que se ha apresurado a presentarse como el gran adalid del libre comercio.

Ver a Xi Jinping, presidente chino y secretario general del Partido Comunista, calurosamente aplaudido en el Foro de Davos al defender el libre comercio («a la china»), frente al proteccionismo defendido por Estados Unidos, constituye una de las grandes paradojas de estos tiempos. La reacción de China ha sido

inmediata. Ha revitalizado las negociaciones del PECR (acuerdo de libre comercio que incluye a los diez países de ASEAN, además de a la propia China, pero también a India, Japón, Corea del Sur, Australia y Nueva Zelanda), esto es, a los aliados actuales o potenciales de Estados Unidos a la hora de hacer frente al expansionismo chino en la región. No parece, pues, que la política de Trump sea la más adecuada para los intereses norteamericanos. La evidente satisfacción de China con esa nueva orientación norteamericana debería suscitar alguna reflexión.

Las veleidades con Rusia han suscitado temores y reservas en Europa, para satisfacción de Putin. Si vamos un poco más allá del debate (del que no sabemos aún todas las consecuencias) sobre las relaciones, como mínimo oscuras e inquietantes, entre el equipo del entonces candidato y el gobierno ruso y de las interferencias sobre el propio proceso electoral, lo cierto es que Putin recibió con agrado la elección de Trump. El discurso de Trump sobre la seguridad y la defensa de Europa suena a música celestial a los oídos rusos. Otro ejemplo, para pasmo y estupor del Departamento de Estado, es su acercamiento a las tesis rusas en Oriente Medio. Otra cosa es que la realidad sea muy dura, y que Estados Unidos no pueda avalar sin más la anexión de Crimea o la práctica ocupación de extensas zonas de Ucrania, de Georgia o de Moldavia. O el cerrado apoyo ruso al régimen sirio y sus acuerdos con Irán y Turquía.

Probablemente ya no tenga sentido en este mundo de la primera parte del siglo XXI una aproximación hacia China con la lógica de la guerra fría, cuando se la veía como un contrapeso a la potencia competidora, Rusia, papel que ahora se habría invertido. Quizá convenga pensar en aplicar las tesis de competencia y cooperación de Lee Kuan Yew también a las relaciones con Rusia, y no sólo a las sino-norteamericanas. En cualquier caso, esa apuesta por el proteccionismo y el nacionalismo económico (que tiene, obviamente, sus claves internas), también está afectando gravemente a otro de los grandes ejes tradicionales de la política exterior norteamericana: América Latina.

Lo más llamativo es el debate sobre la construcción (adicional a la valla que ya existe) de un muro en la frontera para evitar la



entrada de inmigración ilegal y la pretensión de Trump de que México lo pague de una forma u otra. Es legítimo exigirle a México un control mucho mayor de los flujos migratorios, pero pedirle, además, que pague el muro es claramente una ofensa innecesaria que refleja algo mucho más preocupante: una cierta idea supremacista que irrita profundamente a una buena parte de la propia sociedad norteamericana (como se vio tras los sucesos racistas en Charlottesville, por ejemplo), pero que sobre todo enajena cualquier atisbo de simpatía hacia el enervante vecino del norte. Y, lo que es peor, alimenta el nacionalismo mexicano antigriego y amplía las posibilidades de victoria del candidato populista de izquierdas, José Manuel López-Obrador, o se dificultan políticas amistosas con Estados Unidos por parte de cualquier otro futuro presidente de México. Por lo tanto, se debilita el nexo de América Latina con Occidente, cuando lo que interesa es justamente lo contrario.

El apoyo a la Alianza del Pacífico y los valores que defiende frente al mundo bolivariano representado en el ALBA, cada vez más orientado al autoritarismo antidemocrático y a la delincuencia narcotraficante como forma de poder, debería ser un eje clave de la política exterior de Estados Unidos. Es cierto que el presidente Obama tampoco le prestó mucha atención, pero añadir al desinterés el desprecio no es la mejor forma de hacer amigos. El apoyo a países como Colombia, Perú o Chile, o a las reformas emprendidas en Argentina y Brasil, o en Uruguay y Paraguay, debe ser, ahora y más que nunca, prioridad de la Unión Europea si Estados Unidos sigue ignorando la realidad de su sur continental y sólo lo ve como una fuente de problemas, tanto comerciales como migratorios. La política de Trump no parece la más adecuada para incrementar o, por lo menos, sostener la influencia benéfica de Estados Unidos en el resto del continente americano. El «America First» implica «America Alone», y eso nos lleva a unos Estados Unidos cada vez más débiles en términos geoestratégicos. Como dice el proverbio: «Si quieres ir rápido, camina solo, si quieres llegar lejos acompañado».

El enfoque de la nueva Administración, con todas sus improvisaciones, contradicciones y frivolidades está, pues, más allá de declaraciones. Estamos ya ante hechos y realidades que responden

a la lógica antiglobalizadora propia de los populismos europeos. Y justifica que (con el *brexit*) pueda hablarse de un repliegue anglosajón que implica necesariamente un debilitamiento del propio concepto de Occidente como referente de valores para defender.

En resumen, la denuncia del Acuerdo de París sobre el Cambio Climático, aislando por completo a Estados Unidos del resto del mundo, el debilitamiento del vínculo atlántico, el cuestionamiento de valores comunes como la igualdad de sexos y razas y los derechos civiles o la defensa de los débiles y del Estado del bienestar nos lleva a una reflexión adicional sobre las consecuencias internas de la elección de Trump en los propios Estados Unidos.

## **B. La elección de Trump en clave interna**

Partamos de una constatación difícilmente discutible: se han roto consensos básicos que costó mucho construir en la historia convulsa de Estados Unidos desde su guerra civil (1861-1865). Ello es aún más evidente para los demócratas. Pero también lo es para buena parte del Partido Republicano (contra cuyo *establishment* Trump ganó, primero las primarias, y luego la elección presidencial). Esto incluye desde la pretendida revisión del *Obamacare* a la respuesta ya aludida a los sucesos de Charlottesville, pasando por la «espantada» de sus asesores empresariales o su rechazo a «las élites de la capital» (se dice que Washington no tiene una crisis de liderazgo, sino que tiene una crisis de seguidores).

Estamos, pues, ante una fractura política de enormes consecuencias que viene a agrandar la que ya se produjo a raíz de la presidencia de Obama. Algo difícilmente soportable para una parte significativa, aunque afortunadamente no mayoritaria, de la sociedad. Ahora Estados Unidos corre el riesgo de sufrir una fractura civil inédita que seguramente no se veía desde el enorme desgarró que supuso la guerra de Vietnam en las décadas de los sesenta y setenta.

Esa ruptura de los consensos afecta de lleno a la política exterior a la que hemos hecho referencia anteriormente, y que se-

guiremos tratando en las próximas páginas. Pero, además, asistimos al desbarajuste en la política económica propio de unas propuestas electorales inviables. Es cierto que los mercados, por definición cortoplacistas, no han reaccionado mal hasta ahora, pero las condiciones macroeconómicas de la economía norteamericana imponen unos límites claros a determinados planteamientos electoralistas.

En una economía que está en pleno empleo y funcionando con toda su capacidad productiva, que crece en torno al 2 por ciento y no conoce *output gap* entre su crecimiento real y potencial, todo incremento de gasto o de déficit público tendrá efectos inflacionistas y obligará, más tarde o más temprano, a un progresivo endurecimiento de la política monetaria. De ahí que el cuestionamiento permanente de la autoridad y legitimidad de la Reserva Federal vaya en la mala dirección, aunque el nuevo presidente de la FED ofrezca garantías de continuidad y de independencia.

Una política presupuestaria y fiscal sobre la base de los criterios del programa electoral del presidente va también en una dirección inadecuada en la actual coyuntura. Es obvio que Estados Unidos tiene que hacer un gran esfuerzo en infraestructuras (muy alejadas de las que debería tener la primera potencia del mundo) o que necesita aumentar los gastos no convencionales en defensa, desde la ciberseguridad a los sistemas antibalísticos, pasando por los drones y, en general, por los sectores de la defensa que van más allá del tradicional trípode nuclear basado en los submarinos, los bombarderos y los misiles en tierra.

Pero avanzar en estos nuevos gastos sin abrirse a mecanismos de financiación privada y rebajando drásticamente los impuestos es intentar la cuadratura del círculo. Por ello, las propuestas económicas de Trump toparon con la oposición del Capitolio y, en particular, del propio Partido Republicano. Sin embargo, es cierto que la rebaja impositiva ha salido adelante, con independencia de su impacto a corto (expansionista) y a largo plazo (inflacionista en una economía con plena utilización de su capacidad). Todo ello dificulta la recuperación de un sólido liderazgo de Estados Unidos y explica que muchos analistas hablen

del anteriormente citado repliegue anglosajón, sobre todo tras el *brexit*.

No obstante, conviene ser cautos y no precipitarse en determinadas conclusiones tajantes. Los que, desde hace décadas, predicen la decadencia irreversible de Estados Unidos como gran potencia olvidan que, más allá de coyunturas específicas (como puede ser la presidencia de Trump), la nación más importante que haya habido jamás en la tierra es una potencia económica indiscutible, con una capacidad de innovación mucho mayor que la de cualquier otra, autosuficiente desde el punto de vista energético y, por supuesto, de largo y durante mucho tiempo, la mayor potencia militar. Además no padece el suicidio demográfico que afecta a Europa o a Japón.

Más allá de sus problemas, conviene recordar a Bismarck, que hace siglo y medio decía que «Dios cuida especialmente a los niños, a los borrachos y a Estados Unidos». Seguramente esa era la razón por la que el presidente mexicano Porfirio Díaz se lamentaba de su pobre México: «Tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos». Esta fortaleza intrínseca y asentada, aunque quizá no tan evidente, está en la base que explicaría esa síntesis neooccidental de la que hablamos.

### **C. El repliegue anglosajón y el *brexit*: consecuencias internas en el Reino Unido**

Antes de entrar en las consecuencias del *brexit* a medio y a largo plazo sobre la economía británica, que van a depender de las condiciones que se pacten con la Unión Europea, es conveniente reflexionar sobre las consecuencias políticas internas en el propio Reino Unido. Son mucho más relevantes que las específicamente económicas, obviamente sin desprestigiar estas últimas.

Hay, al menos, cuatro razones para sostenerlo, aunque tienen un elemento en común: una profunda fractura en el seno de la sociedad británica.

La primera es que se produce un comportamiento electoral diferente entre dos de los reinos y los otros dos que componen el

país. Inglaterra y Gales votaron a favor del *brexit* con características sociológicas de ese voto bastante análogas, y Escocia e Irlanda del Norte votaron a favor del *bremain*, aunque por razones no tan análogas. Para Escocia (tanto para los nacionalistas escoceses como para los unionistas), la permanencia en la Unión Europea constituía una garantía. Para unos, de transmitir su compromiso europeo, con independencia de su permanencia o no en el Reino Unido, y para otros era la expresión de la voluntad de seguir siendo británicos y europeos. No es momento de abordar ahora el debate político interno sobre la cuestión independentista en Escocia, pero es obvio que más allá de las coyunturas electorales, el nacionalismo escocés dispone desde el *brexit* de un argumento político adicional para defender su independencia del Reino Unido.

Para Irlanda del Norte, la salida de la Unión supone cuestionar los Acuerdos de Paz de Viernes Santo de 1998 y su relación, cada vez más estrecha, con la República de Irlanda, con fronteras sumamente porosas y una creciente ósmosis social. De nuevo, se trata de un tema políticamente muy complejo que no corresponde ahora desarrollar, pero que tendrá un impacto evidente en las condiciones de la negociación para la implementación de la salida, y la República de Irlanda tiene mucho que decir.

La segunda fractura es la que se produjo en el seno de la propia Inglaterra como la parte más significativa y núcleo del Reino Unido, entre la más metropolitana y urbana (Londres y, en particular, la City, aunque no sólo) y la rural. No es algo muy distinto de otros comportamientos electorales en Europa y en Estados Unidos que han dado sustento a los fenómenos populistas y nacionalistas. El caso de Cataluña es un buen ejemplo.

En tercer lugar se nutrió de otra fractura del contrato social de las últimas décadas, esta vez entre las élites dirigentes y las clases medias. Una división que tiene su origen y causa en las consecuencias devastadoras de la Gran Recesión de 2007 y el evidente empobrecimiento relativo y el empeoramiento de las condiciones de vida sufrido por buena parte de ellas. Sobre todo de aquellas que basaban sus rentas en actividades especialmente castigadas por dicha crisis. No es muy distinto de lo que ha sucedido en Es-

tados Unidos, y que explica parte del resultado electoral que le dio la victoria al presidente Trump en estados tradicionalmente demócratas por el peso del voto de la tradicional clase trabajadora industrial.

Y, en cuarto lugar, la fractura del voto entre jóvenes y mayores. Y, si se quiere, entre los ciudadanos «digitales» y los «analógicos», aunque ambas características sociológicas no coinciden necesariamente. Se trata de unas fracturas muy presentes también en comportamientos electorales recientes en todo Occidente. Sobrepasan la tradicional distinción entre derecha e izquierda antes mencionada.

El hecho de que los que ya tienen más pasado que futuro hayan determinado, con su estrechez de miras, el de aquellos que tienen más futuro que pasado, no es algo baladí. Los jóvenes británicos querían seguir siendo europeos, gozar de la libre circulación (por lo menos, en el espacio Schengen), de los programas Erasmus y de un sentimiento de pertenencia y de identidad fraguado desde la incorporación del Reino Unido al proyecto europeo en 1973, hace más de dos generaciones.

La gestión política de este embrollo requiere de unos dirigentes políticos con estatura moral y solidez intelectual, algo distinto a lo que está poniendo de relieve la actual coyuntura. Cuesta creerlo en el país que vio nacer a Edmund Burke, Benjamin Disraeli, Winston Churchill o Margaret Thatcher. Primero, con un planteamiento de referéndum frívolo y por razones tanto electoralistas como estrictamente partidistas, algo que hace aún más criticable al ex primer ministro David Cameron, también por haber llevado previamente al Reino Unido al borde del precipicio aceptando el referéndum en Escocia. Una forma de proceder que sigue con la actual primera ministra Theresa May y el planteamiento improvisado y nada riguroso de las negociaciones para el *brexit*, para exasperación del muy serio negociador comunitario, Michel Barnier.

El *brexit* constituye otra manifestación de lo que hemos dado en llamar el repliegue anglosajón, un movimiento regresivo nacionalista y antiglobalizador (como en Estados Unidos). En el caso del Reino Unido, profundamente contrario a la idea fede-

ralizante de la Unión Europea. Nada muy distinto de la posición británica tradicional, aunque nunca había llegado al extremo de querer bajarse del barco. Por no hablar de la nostalgia absurda de algunos (del UKIP de Nigel Farage, pero no solamente) por un pasado imperial que jamás va a regresar y por una *special relationship* con Estados Unidos que ya el presidente Obama se esforzó en refutar y que tampoco va a regresar, a pesar de la retórica antieuropea y pro-*brexit* del presidente Trump. Un enorme contratiempo, pues, para la Unión Europea y para el orden liberal internacional vigente desde el final de la segunda guerra mundial que, hasta ahora, había gozado del liderazgo anglosajón, pero, sobre todo, una tragedia para el Reino Unido en términos históricos y estratégicos.

Este repliegue anglosajón dificulta pero no impide, sin embargo, que los valores que han encarnado y defendido históricamente Estados Unidos y el Reino Unido vayan a formar parte del nuevo orden mundial que se está configurando y que intento explicar bajo la tesis de la síntesis neoccidental. Ese repliegue se ha producido cuando esos valores son ya, en gran medida, globales.

#### **D. Las consecuencias políticas del *brexit* para la Unión Europea**

El *brexit* ha evidenciado, una vez más, que la historia no es lineal, que puede retroceder. La miopía política existe y los pueblos a veces toman decisiones que el tiempo muestra como contraproducentes para sus propios intereses, empujados y seducidos por «responsables» políticos que no retroceden ante las consecuencias de sus propios planteamientos. Lamentablemente, todos los días tenemos múltiples ejemplos de ello. Karl Popper, uno de los máximos referentes del liberalismo político y de las sociedades abiertas, advertía de que «la mayoría nunca establece lo que está bien o mal» porque «la mayoría también puede equivocarse». Lamentablemente, hace tiempo que estos fenómenos cruzaron el canal de la Mancha y forman parte de

la rutina política continental, donde España y Cataluña no son una excepción.

Dimos erróneamente por irreversible la construcción política europea. Y la historia reciente parecía darnos argumentos para pensarlo así. De hecho, la Unión Europea podría ser interpretada en clave del «fin de la historia», como ejemplo de superación de conflictos seculares y de consolidación de una integración política basada en la cooperación, la solidaridad y la generosidad mutua y compartida. La evolución reciente de la construcción europea avalaba tal forma de pensar. Parafraseando a Zavala, el personaje de Mario Vargas Llosa en *Conversación en La Catedral*, podemos cuestionarnos cuándo se nos fastidió esa idea de una Europa imparable. Trataremos de ello más adelante, pero tiene mucho que ver con la última gran ampliación, con el rotundo fracaso, por razones nacionalistas (de nuevo), de la non nata Constitución Europea, y, desde luego, con los devastadores efectos en todos los ámbitos de la Gran Recesión de 2007.

Centrémonos ahora en los efectos políticos del *brexit* sobre la propia idea de Europa. Porque Europa, como concepto político, es muy reciente, o al menos lo es su puesta en marcha. Otra cosa han sido los diferentes intentos de crear una Europa bajo la hegemonía de una de sus potencias, ya fuera España, luego Francia, o Alemania después, siempre con el arbitraje del Reino Unido y la interferencia constante de Rusia. Y bajo la presión de los imperios austrohúngaro y otomano.

Sin olvidar todos los proyectos políticos que, descansando en el recuerdo del Imperio romano, han intentado consagrar un continuum histórico-político basado en una identidad europea, como el Sacro Imperio romano-germánico. No es baladí que el gran referente histórico y simbólico de la actual construcción europea sea Carlomagno. No obstante, todo ello no implica olvidar que más allá de la referencia geográfica (aunque le llamemos un continente, Europa no es más que una península relativamente pequeña de Eurasia), existe una identidad cultural evidente, construida sobre la sangre y la guerra. Una base que permite reivindicar hoy, al margen de las diferentes ideologías, una matriz cristiana de la idea de Europa, primero, y la clara impronta de la Ilustración y el



Siglo de las Luces, después. La construcción de un demos europeo es fundamental para el futuro político de la Unión, y como hemos visto, no sería un demos artificial. De nuevo, serán necesarios liderazgos capaces de construirlo y explicarlo, yendo más allá de los campos de actuación e intereses en sus distintos Estados-nación.

Desde el fin de la enorme tragedia de la segunda guerra mundial, el proyecto político europeo ha descansado en la definitiva reconciliación franco-alemana. En sucesivas ampliaciones avanzó desde un proyecto que agrupaba inicialmente a seis países, luego a nueve, a diez, a doce, a quince, a veinticinco, veintisiete y, hoy, a veintiocho. Con lista de espera... Aunque con un país muy relevante que ha decidido irse, hecho inédito en la historia de la Unión. Siempre ha habido países candidatos a la integración, pero nunca un país había decidido «desintegrarse». Y esa es la consecuencia política más relevante para Europa, más allá de los efectos económicos. Porque pone de relieve que el propio proyecto político de Europa es y puede ser reversible, como hemos visto que lo es y ha sido en la historia en estos años recientes.

Por ello es muy relevante la negociación con el Reino Unido. Porque más allá de los intereses económicos, financieros o comerciales que empujan en la dirección de un *brexit* «suave», políticamente es necesario transmitir la idea de que irse no es ni barato ni que mucho menos puede salir gratis. La percepción que debe transmitirse es que «fuera de la Unión hace mucho frío». Y de que Europa, como concepto político, sigue plenamente viva, aunque sea en su visión continental.

Ojalá el mundo anglosajón se reincorpore en algún momento, pero ahora toca seguir construyendo sin ellos, desde la convicción de que el orden liberal internacional sigue siendo plenamente válido, aunque sean ahora otros países o federaciones supraestatales los que lo defienden.

## E. Las consecuencias económicas del *brexit* y el proceso de negociación

Sobre el impacto económico, en sentido amplio del concepto, nos quedan muchas incógnitas por despejar. Todo dependerá de la mencionada negociación entre la Unión (a través de un negociador único, que representa a las distintas instituciones comunitarias y que cuenta con un amplísimo consenso) y el Reino Unido (con un negociador con menor margen de maniobra y con menor consenso político).

Son muchísimos y muy complejos los temas para discutir, desde la relación con la unión aduanera y el mercado único (incluyendo los derechos de los consumidores o el derecho de la competencia) a la libre circulación de los capitales (en la que se incluye el futuro de la City), la de servicios y de establecimiento y, sobre todo, de las personas. El Reino Unido quiere que se eliminen inmediatamente, pero la Unión quiere garantizar los derechos de los ciudadanos comunitarios que sigan en el Reino Unido, simétricamente a los de los ciudadanos británicos que residan y trabajen en la Unión. Todo ello, evidentemente, añadido a los temas institucionales, desde el abandono de las instituciones comunitarias al debate sobre la jurisdicción y la aplicación de la jurisprudencia de los tribunales europeos y, en particular, del Tribunal de Luxemburgo. Pasando, por cierto, por el estatus futuro de un territorio que no pertenece al Reino Unido pero que está bajo soberanía británica, como es Gibraltar, donde dejarán de ser aplicables los tratados como hasta ahora. Y *last but not least*, la trascendental cuestión de la naturaleza de la frontera entre las dos Irlandas después de haberse acostumbrado a su ausencia en la práctica cotidiana.

En definitiva, hablamos de las instituciones y de las cuatro libertades que están en la base de la construcción europea. Como suele decirse en el refranero español, no se puede estar en misa y repicando. Por ello, y como hemos explicado, la posición negociadora desde la Unión debe ser sensible a un país amigo (y aliado estrecho en seguridad y defensa colectivas, como así han manifestado reiteradamente las dos partes), pero también exigente

ante un aliado que ha decidido dejar de ser socio de una empresa común. Veamos los términos de la separación, que siempre es mejor que sean amistosos, pero sin olvidar quién ha tomado la decisión de separarse. Así es en todos los procesos de divorcio. Y habrá que pagar una factura que algunos expertos cifran en torno a los 50.000 o 60.000 millones de euros.

Queda aún mucho camino por recorrer, pero la aplicación del famoso artículo 50 de los tratados ya está en marcha y eso concede un plazo de dos años para una conclusión, salvo que se acuerde, por unanimidad, su ampliación. El Reino Unido ha fijado ya la fecha: el 29 de marzo de 2019. Veremos si es realista. Sólo será posible evitar una salida brusca si los avances son sustanciales y satisfactorios para la Unión. Los resultados están aún por verse. Por ahora, ese termómetro imperfecto que son los mercados no anticipa ningún cataclismo, más allá de la lenta pero perceptible pérdida de peso de la City de Londres como gran centro financiero del mundo. Una de las grandes víctimas del repliegue anglosajón.